

EL MUNDO

Martes, 21 de octubre de 2003. Año XV. Número: 5.067.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La guerra de Irak no fue anticipatoria (I)

ARTHUR SCHLESINGER JR.

El presidente George W. Bush ha hecho un cambio fatídico en la política exterior de Estados Unidos. Ha rechazado la estrategia que pudo ganar la Guerra Fría: la combinación de contención y disuasión desarrollada por organismos multilaterales como la ONU, la OTAN y la Organización de Estados Americanos. La Doctrina Bush le da la vuelta a todo. La esencia de la nueva estrategia es militar: atacar a un enemigo potencial, unilateralmente si es necesario, antes de que tenga la oportunidad de atacarnos a nosotros.

Bush ha sustituido una política dirigida a la paz mediante la prevención de la guerra por una política dirigida a la paz mediante la guerra preventiva. Lo ha hecho sigilosamente, con toda facilidad y hábilmente, sin llamar en exceso la atención sobre una revisión tan fundamental de la política exterior ni provocar un debate nacional en torno a su drástico cambio de línea.

La combinación de contención y disuasión fue iniciada hace más de medio siglo por el presidente Truman. La confirmó como política de dos partidos el presidente Eisenhower y posteriormente la apoyaron los presidentes Kennedy, Johnson, Nixon (con modificaciones), Carter, Reagan (con desviaciones), el primer Bush y Clinton. Durante los largos años de la Guerra Fría, la guerra preventiva no se podía ni mencionar. A sus partidarios los consideraban unos chiflados.

En la Administración Truman, Francis P. Matthews, secretario de Marina, exigió públicamente la guerra contra la Unión Soviética como manera de obligar a la cooperación para la paz. Se ganó una inmediata reprimenda del presidente. «Siempre he sido contrario a pensar siquiera en semejante guerra», escribió Truman en sus memorias. «No hay nada más estúpido que creer que la guerra puede detener la guerra. Con la guerra, uno no previene otra cosa que la paz».

En 1954, James Reston, del diario The New York Times, preguntó a Eisenhower en una conferencia de prensa qué pensaba de la guerra preventiva. «Una guerra preventiva, a mi juicio, es una imposibilidad», dijo Eisenhower. «No creo que

eso exista y, con franqueza, yo ni siquiera escucharía seriamente a alguien que viniera a hablarme de tal cosa».

En 1962, cuando Kennedy se enfrentaba a la amenaza de los misiles nucleares soviéticos de Cuba, los jefes de Estado Mayor Conjunto recomendaron eliminar los misiles por medio de un ataque preventivo. Robert Kennedy describió la idea de los jefes como «Pearl Harbor al revés». Y añadió: «En 175 años no hemos sido un país de esa clase». A Bush, según parece, le gustaría convertirnos en un país de esa clase».

Considerando retrospectivamente los 40 años de la Guerra Fría, podemos estar eternamente agradecidos de que los chiflados que había a ambos lados del Muro carecieran de poder. Sin embargo, en 2003 dirigen el Pentágono. Ahora la guerra preventiva -la Doctrina Bush- es la doctrina oficial. Hace 60 años, los japoneses anticiparon la Doctrina Bush en su ataque contra la Marina norteamericana en Pearl Harbor. Esto fue, según observó Franklin Delano Roosevelt, «una hazaña que vivirá en la infamia»... excepto ahora, claro está, cuando la emplee Estados Unidos.

Dado el descrédito que acompaña a la idea de la guerra preventiva [preventive war], la Administración Bush prefiere hablar de guerra anticipatoria [preemptive war]. Hay, desde luego, una diferencia entre los dos conceptos. La guerra anticipatoria es la que se dirige contra una amenaza directa, inmediata y específica que hay que aplastar al instante; en las palabras del manual del Departamento de Defensa, «un ataque iniciado sobre la base de pruebas incontrovertibles de que es inminente un ataque enemigo». La guerra preventiva se refiere a amenazas potenciales, futuras y, por tanto, especulativas.

La guerra anticipatoria se sitúa en los márgenes de la legalidad. Los juristas internacionales siguen citando la declaración del secretario de Estado Daniel Webster de 1841 según la cual un ataque anticipatorio podría estar justificado si el atacante muestra «necesidad de autodefensa, una necesidad inmediata, abrumadora y que no deje opción en cuanto a los medios ni un momento para la deliberación».

La guerra preventiva no tiene esta pretensión de legitimidad.

Lo que subyace en el cambio de la Administración Bush -que ha desechado la estrategia de contención más disuasión por la de la guerra preventiva- es la aparición del terrorismo internacional. La Guerra Fría, al fin y al cabo, era una anticuada rivalidad entre estados soberanos, entidades visibles con gobiernos responsables de sus decisiones. Pero los terroristas internacionales son invisibles e irresponsables. Golpean desde las sombras y se refugian en las sombras. El terrorismo internacional, por lo tanto, exige nuevas estrategias.

En el discurso pronunciado en West Point el 1 de junio de 2002, el presidente Bush rechazó de manera explícita la contención y la disuasión como armas suficientes en la guerra contra el terrorismo. «Tenemos que llevar la batalla al enemigo», aseveró, «y hacer frente a las peores amenazas antes de que surjan. En el mundo en el que hemos entrado, el único camino posible para la seguridad es el camino de la acción. Y esta nación actuará». El 19 de julio de 2003, en Fort Drum (Nueva York), dijo de nuevo: «América tiene que actuar contra estas terribles amenazas antes de que estén totalmente formadas».

Estos discursos prepararon el camino para una declaración formal: la llamada Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América, hecha pública por la Casa Blanca en septiembre de 2002. «Dados los objetivos de los estados delincuentes y de los terroristas», dice este documento, Estados Unidos ya no puede basarse solamente en una postura reactiva, como ha hecho en el pasado. La incapacidad de disuadir a un potencial atacante, la inmediatez de las amenazas de hoy y la magnitud del potencial daño que podría causar la elección de armas de nuestros adversarios no permiten esa opción. No podemos dejar que nuestros enemigos ataquen primero.

Además de los métodos policiales y de la CIA, la Estrategia de Seguridad Nacional requiere una acción militar anticipatoria justificada por unos criterios más vagos e imprecisos que los establecidos por Daniel Webster. En realidad, la única utilización seria de las fuerzas estadounidenses ha sido hasta ahora un anticuado ataque contra un Estado soberano. La guerra contra Irak no fue anticipatoria. No fue una guerra «iniciada sobre la base de una prueba incontrovertible de que es inminente un ataque enemigo». Fue una guerra preventiva: por usar un laborioso eufemismo, un ejercicio de autodefensa anticipatoria.

¿De dónde ha sacado Bush la nueva idea de la guerra preventiva como fundamento de su política exterior? De su convicción profunda de que la posición singular de Estados Unidos como la suprema potencia militar, económica y cultural del planeta ofrece una oportunidad sin precedentes para que EEUU imponga su ejemplo a otros países y de esta manera los salve de sí mismos.

El argumento a favor de la hegemonía mundial por medio de la acción unilateral fue presentado por primera vez en 1992 en un misterioso documento del Pentágono -al parecer aprobado por Paul Wolfowitz y Dick Cheney- y rápidamente retirado por la Administración de Bush padre. Wolfowitz se opuso a la decisión tomada en 1991 por Bush de no seguir presionando a Bagdad y librarse de Sadam de una vez por todas. En 1996, un documento preparado por Richard Perle, Douglas Feith y otra media docena de personas para Benjamin Netanyahu, el hombre de la línea dura israelí, exigía entre otras cosas «que se

diera prioridad a echar a Sadam del poder», una idea que los de la línea dura consideraban muy favorable para los intereses de Israel. En 1998, Rumsfeld, Wolfowitz y Perle figuraron entre los ocho firmantes de una carta abierta al presidente Clinton en la que se mantenía que el cambio de régimen en Irak «tiene que constituirse en objetivo de la política exterior estadounidense».

El libro *America Unbound* [América desencadenada] -escrito por Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, dos expertos en ciencia política del Instituto Brookings- es un interesante análisis de lo que los autores denominan «la revolución de Bush en política exterior». Su enfoque es aséptico, incisivo y profesional. Insisten menos en el cambio a la guerra preventiva que en el unilateralismo doctrinario del Gobierno y en su arrogancia moralista.

Daalder y Lindsay ven dos grupos de consejeros presidenciales unidos en la política inmediata pero divididos en los objetivos finales. Uno de ellos lo componen los ya bien conocidos neoconservadores: Paul Wolfowitz, Richard Perle, Douglas Feith, Lewis Libby, Elliott Abrams y, fuera del gobierno, William Kristol, Robert Kagan, Charles Krauthammer y Joshua Muravchik. El segundo está dirigido por los nacionalistas enérgicos: el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Rumsfeld. Los neoconservadores son unos visionarios que quieren volver a crear el mundo a imagen y semejanza de Estados Unidos; los nacionalistas enérgicos son unos políticos endurecidos que quieren utilizar el poder de Estados Unidos para intimidar a las naciones rivales y para aplastar posibles amenazas a la seguridad norteamericana. Las dos facciones están actualmente aliadas en su desprecio por las instituciones y en su defensa de la guerra preventiva.

Es muy posible que coincidan en lo que podría parecer una marcha inexorable hacia una estrategia nuclear basada en que Norteamérica ataque primero. El 20 de mayo tuvo lugar en el Senado un fascinante debate que apenas tuvo eco en la prensa. La Administración Bush trató de rechazar una estipulación contenida en la ley de autorización de defensa de 1994 en la cual se establecía que «será la política de EEUU no llevar a cabo programas de investigación que pudieran conducir a la producción de una nueva arma nuclear de bajo rendimiento». Las armas nucleares de bajo rendimiento, conocidas como mininukes, se definen como armas por debajo de los cinco kilotones.

Tras haber votado la Comisión del Senado para las Fuerzas Armadas a favor de la investigación sobre mininukes, Dianne Feinstein y Edward Kennedy presentaron una enmienda que restablecía la redacción original. Los partidarios de la enmienda Feinstein-Kennedy señalaron que las mininukes no eran juguetes; que cinco kilotones representaban la tercera parte de la potencia explosiva de la bomba que destruyó Hiroshima; que la activación de la investigación sobre mininukes iría en contra de la política norteamericana de no

proliferación e «iniciaría una reacción en cadena de pruebas nucleares en todo el mundo» (Kennedy), que «eso de un arma nuclear utilizable no existía» (Feinstein); y que «Estados Unidos no seguiría una política que no toleraba en los demás» (senador Carl Levin, de Michigan). No obstante, la enmienda Feinstein-Kennedy fue aplazada indefinidamente por 51 votos frente a 43. La Cámara, entretanto, eliminó la investigación sobre mininukes, pero el 16 de septiembre el Senado rechazó una renovada enmienda.

Arthur Schlesinger Jr. fue asesor especial del presidente Kennedy y ha ganado los premios Pulitzer de Historia y de Biografía. Su obra más conocida es La presidencia imperial.

© Mundinteractivos, S.A.

EL MUNDO

Miércoles, 22 de octubre de 2003. Año XV. Número: 5.068.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La guerra de Irak no fue anticipatoria (II)

ARTHUR SCHLESINGER JR.

Tras el 11 de septiembre, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, para quienes Irak era un asunto que Bush padre había dejado sin resolver, no perdieron un momento en incluirlo en el programa presidencial. Rumsfeld estaba convencido de que Sadam poseía armas de destrucción masiva y estaba aliado con Bin Laden, y pensaba que era deseable trasladar la base militar norteamericana en Oriente Próximo de Arabia Saudí a un Irak dócil. Wolfowitz creía estas tres cosas y además abrigaba la fantasía neoconservadora de que el establecimiento de una democracia jeffersoniana en Irak podría modernizar y democratizar el mundo musulmán.

No habiéndose materializado ninguna prueba de la existencia de armas de destrucción masiva ni de la colaboración entre Sadam y Osama bin Laden, a la Administración Bush le ha quedado el argumento de la liberación, antaño considerado como una insuficiente justificación para la guerra. Ahora bien, en el mundo hay muchos tipos malvados. ¿Tiene Estados Unidos la obligación de eliminarlos a todos?

¿Por qué decidieron Bush y sus consejeros más inmediatos ir a la guerra contra Irak? No creo que fuera para dar gusto a Halliburton. Bush es un presidente que se entusiasma con las grandes ideas. Sospecho que sueña con pasar a la Historia por convertir el mundo árabe a la democracia representativa. Si es así, ello podría explicar en parte la confusión de prioridades. El senador Bob Graham, de Florida, es el único aspirante a la nominación presidencial por el partido demócrata que se unió a Robert Byrd, Edward Kennedy y otros veinte senadores para votar en contra de la resolución que autorizaba a Bush a atacar a Irak. En su calidad de presidente de la Comisión de Inteligencia del Senado, Graham dijo que no había visto ninguna prueba convincente de la presunta asociación de Sadam y Osama bin Laden. La guerra contra Irak -temía Grahamsignificaba desviar la atención, los recursos y al ejército del objetivo principal. Lejos de constituir el golpe de gracia contra el terrorismo, es muy posible que la victoria sobre Irak acabara produciendo una nueva generación de terroristas. Hoy sabemos que las premoniciones de Graham son acertadas.

Hasta ahora, sin embargo, el insólito cambio de rumbo de la política exterior efectuado por Bush se ha encontrado con escasa oposición efectiva. Los votantes hicieron piña en torno a la bandera después del 11-S. En este talante de «la seguridad de la patria», los demócratas pensaron que toda crítica de las políticas presidenciales sería tomada por falta de patriotismo.

En la mayoría de los periódicos norteamericanos se dio trato de favor a los comentarios de Cheney y Rumsfeld, mientras que los discursos, reflexivos y razonados de Edward Kennedy en contra de la idea de lanzarse a una guerra preventiva quedaron relegados. El hecho de que no se concediera el mismo tiempo a los adversarios de la guerra preventiva no animó precisamente un debate nacional sobre la Doctrina Bush.

Además, una encuesta de The Washington Post realizada el pasado mes de agosto reveló que el 69% de los norteamericanos todavía cree que Sadam Husein estuvo «personalmente implicado» en el atentado contra las Torres Gemelas. ¿De dónde han sacado esta idea? Tal vez de la retórica gubernamental filtrada a través de la prensa. Sadam Husein es un gran villano, pero no tuvo nada que ver con el 11-S.

A pesar de su lado bufonesco, el presidente está seguro de sí mismo, es disciplinado, resuelto y hábil y tiene capacidad para centrarse en unas pocas prioridades. Irradia una certidumbre serena que da miedo cuando se enfrenta con problemas o desacuerdos complicados. «No tengo ninguna duda de que estamos haciendo lo correcto», dijo a Bob Woodward. «Ni la menor duda». Sus amigos atribuyen su serenidad a su fe religiosa. Woodward, que entrevistó a Bush durante casi cuatro horas para su libro Bush en guerra, salió con la clara impresión de que «el presidente estaba formulando su misión y la de su país conforme a la grandiosa visión del plan general de Dios».

Aunque no cabe duda de la sinceridad de las creencias religiosas de Bush, su fe sirve a sus objetivos políticos. Ya se sabe que las estadísticas religiosas son poco fiables, pero quizá la tercera parte de los estadounidenses se han convertido al cristianismo evangélico. En mi juventud se podía dar por hecho que los fundamentalistas protestantes eran anticatólicos y antisemitas, pero la derecha protestante ha formado hoy una alianza con los católicos de derechas sobre el aborto y otra con los judíos de derechas sobre Tierra Santa. Como consecuencia, son una fuerza política mucho más poderosa, con influencia sobre tal vez el 40% del electorado y otorgan a un presidente converso una ventaja añadida.

La guerra preventiva contra Irak fue una guerra elegida por Bush. No le fue impuesta a Estados Unidos como lo fue la II Guerra Mundial. No fue, como la Guerra de Corea, la primera Guerra del Golfo y la guerra contra los talibán, una

respuesta a evidentes actos de agresión. Tampoco se fue amasando poco a poco, como ocurrió en Vietnam. El Ejército profesional mantuvo muy controlado su entusiasmo. No hubo clamor popular alguno a favor de la guerra. Si Estados Unidos nunca hubiera ido a la guerra con Irak, la mayoría apenas se hubiera preocupado. Sólo hizo falta un hombre para decidirse a favor de la guerra y para lanzarla, enviando allí muchos miles de soldados mientras la mayoría de las demás naciones dudaban que hubiese justificación para una guerra.

¿En qué situación se encuentra hoy la Doctrina Bush? Desde un punto de vista práctico, la disminuida credibilidad del presidente la ha perjudicado gravemente. Toda la argumentación a favor de la guerra se basa en la premisa de que tenemos unos servicios de inteligencia lo suficientemente precisos como para enviar a nuestros jóvenes a matar y a morir.

Ahora observamos, conforme parte de la prensa recupera su escepticismo, el ávido celo con que Bush y sus aliados se aferraron a unas migajas de información que apoyaban su política, unas falsas, otras engañosas, otras defectuosas y aun otras desfasadas o plagiadas.

La Administración Bush, pues, no tenía «ni la menor duda» acerca de la existencia de las armas de destrucción masiva de Sadam Husein. Tampoco tenía la menor duda acerca de su asociación con Osama bin Laden, acerca de su capacidad para fabricar con toda celeridad un arma nuclear ni acerca de la alegre bienvenida que se tributaría a nuestros soldados como liberadores. El hundimiento de esas confiadas predicciones hace pensar que la Doctrina Bush impone una carga demasiado pesada a nuestras agencias de Inteligencia, pues nunca podemos saber todo lo que tendríamos que saber antes de ir a la guerra. Es muy posible que la laguna producida en la credibilidad de EEUU en lo tocante a Irak debilite la política de la guerra preventiva.

Después de los atentados del 11-S era necesaria la guerra de Afganistán, ya que el Gobierno talibán se negó a entregar a Bin Laden, pero en la guerra de Irak sí había opción. Bush nos ha metido en un atolladero. Es dudoso que pueda volver a reunir una coalición de voluntarios en una guerra preventiva contra Irán o Corea del Norte.

Hay asimismo objeciones de mayor alcance. «No conviene a Norteamérica», observa Kissinger, «establecer la anticipación [preemption] como principio universal al alcance de todas las naciones». Pero reservar dicho principio a EEUU equivale a erigir a nuestra nación en el juez, el jurado y el verdugo del mundo. Por muy virtuosos que algunos americanos puedan sentirse al asignar este triple papel a su presidente, es probable que otras naciones menos poderosas nos odien por ello.

Un reciente estudio de la Fundación Marshall alemana pone de manifiesto un sorprendente cambio en la opinión europea sobre Estados Unidos. La mayoría de los europeos expresó una firme desaprobación de la política exterior estadounidense; la desaprobación de italianos y alemanes aumenta en más de 20 puntos con respecto a una encuesta similar realizada el año pasado. La administración Bush, siguiendo el consejo de Maquiavelo -«es mucho más seguro ser temido que ser amado»- desecha la opinión mundial como cosa de peleles.

Se olvidan de los peleles que combatieron en la Revolución Americana y fundaron la nueva república. «Es importante para todo gobierno prestar atención al juicio de otras naciones por dos razones», declaró el texto 63 de El Federalista.

La primera es que, independientemente de los méritos de un plan, es deseable que se presente a las demás naciones como producto de una política sabia y honorable; la segunda es que, en casos dudosos donde los consejos nacionales puedan verse influidos por algún interés momentáneo, la opinión conocida del mundo imparcial constituya la mejor guía que se pueda seguir.

Además, al fomentar el fariseísmo y la arrogancia, ese triple papel corromperá sin remedio a nuestro propio país. Lo dijo el 4 de julio de 1821 John Quincy Adams, tal vez el mejor secretario de Estado que hemos tenido: «Dondequiera que se haya desplegado o se despliegue en el futuro el estandarte de la libertad y la independencia, allí estará el corazón de América, sus bendiciones y sus oraciones. Pero no marcha al extranjero en busca de monstruos que destruir». Si se mezclara en guerras exteriores de intereses e intrigas, predijo Adams, las máximas fundamentales de su política pasarían de manera insensible de la libertad a la fuerza... Podría convertirse en la dictadora del mundo: ya no sería dueña de su propio espíritu.

El triple papel resucita también la presidencia imperial. De nuevo hay advertencias que nos llegan del pasado americano. El 15 de febrero de 1848, durante la guerra con México, un joven congresista de Illinois envió a su socio una carta en la que señalaba los fallos de lo que ahora llamamos la Doctrina Bush. «Permite al presidente invadir una nación vecina siempre que lo juzgue necesario para rechazar una invasión y le permitirás hacerlo siempre que quiera decir que lo juzga necesario para ese propósito y le permitirás hacer la guerra a su gusto... Si hoy quisiera decir que considera necesario invadir Canadá para impedir que los británicos nos invadan, ¿cómo podrías detenerlo? Si le dices 'no veo probable que nos invadan los británicos', él te dirá: 'Tú cállate: yo lo veo, si tú no lo ves'». El autor de estas frases es Abraham Lincoln.

La Convención de Filadelfia, dijo Lincoln, había «decidido formular la

Constitución de tal manera que ningún hombre tenga poder para traer esta opresión sobre nosotros».

¿El presidente norteamericano puede autoproclamarse juez, jurado y verdugo del mundo? «Debemos hacer frente al hecho», dijo John F. Kennedy, «de que EEUU no es omnipotente ni omnisciente, de que sólo constituimos el 6% de la población mundial, de que no podemos imponer nuestra voluntad al 94% restante, de que no podemos enmendar todos los entuertos ni remediar todas las adversidades y de que, por lo tanto, no puede haber una solución americana a todos los problemas del mundo».

Arthur Schlesinger Jr. fue asesor especial del presidente Kennedy y ha ganado los premios Pulitzer de Historia y Biografía.

© Mundinteractivos, S.A.